

**Ciencias sociales
y políticas sociales:**
*de los dilemas nacionales a las
oportunidades mundiales*

Richard E. Lee, William J. Martin,
Heinz R. Sonntag, Peter J. Taylor,
Immanuel Wallerstein
y Michael Wieviorka



Gestión de las
transformaciones
sociales



Edición Especial

Ciencias sociales y políticas sociales: de los dilemas nacionales a las oportunidades mundiales

Richard E. Lee
William J. Martin
Heinz R. Sonntag
Peter J. Taylor
Immanuel Wallerstein
Michel Wieviorka

Documento de referencia para el Foro Internacional
sobre el Nexo entre Ciencia Social y Política

5-9 de Septiembre del 2005
Buenos Aires, Argentina, y Montevideo, Uruguay

Edición especial



Las ideas y opiniones expresadas en esta publicación son las de los autores y no reflejan necesariamente el punto de vista de la UNESCO.

Las denominaciones empleadas y la presentación de los datos que en ella figuran no implican por parte de la UNESCO ninguna toma de posición respecto al estatuto jurídico de los países, ciudades, territorios o zonas aludidos, o de sus autoridades, ni respecto a sus fronteras o límites.

Impreso en 2005 por la Organización de las Naciones Unidas
para la Educación, la Ciencia y la Cultura
1, rue Miollis
75732 Paris Cedex 15
France

SHS-2005/WS/24 - cld // 21543

© UNESCO 2005
Printed in France

Índice

1. Ciencias sociales y políticas sociales:
los dilemas nacionales ▶ 5
2. Cuatro elementos esenciales
de las ciencias sociales en el siglo XXI ▶ 9
 - 2.1 La unidad de análisis:
espacio amplio y larga duración 9
 - 2.2 Hipérbola versus realidad en ciencias sociales:
conceptos sólidos desde el punto de vista teórico
y mediciones conceptualmente correctas 11
 - 2.3 Hecho y valor: un par imbricado 16
 - 2.4 Actores del cambio social: el constreñimiento
de las estructuras y las posibilidades de acción 18
3. Imaginando el futuro: las oportunidades mundiales ▶ 21
 - 3.1 ¿Quién establece las prioridades en políticas sociales? 21
 - 3.2 Las posibilidades del diseño
y ejecución de políticas 22
4. Bibliografía ▶ 27



1. Ciencias sociales y políticas sociales: los dilemas nacionales

A través de su historia, las ciencias sociales han tenido una relación ambigua con las políticas sociales. Cuando se comenzaron a emplear el término y el concepto de ciencias sociales, a mediados del siglo XIX, las primeras organizaciones que surgieron para promover a estas disciplinas no estaban localizadas en las universidades, sino en la esfera pública. Éstas reunían no sólo a académicos, sino también a personas activas en la arena política, representantes del clero y hombres de negocios. Su objetivo básico era impulsar reformas, es decir, las políticas sociales que ellos consideraban más adecuadas para dar solución a la “cuestión social”. Los problemas a los que se referían eran principalmente aquellos asociados con la expansión de los centros urbanos y los sectores manufactureros emergentes en la economía. Dichas organizaciones juzgaban que reuniendo diversos tipos de datos sobre estos temas (generalmente datos estadísticos), contribuirían a que el Estado pudiera instrumentar nuevas reformas que permitieran subsanar los males que habían detectado.

Esta versión temprana de la ciencia social institucionalizada se desarrolló principalmente en los estados más industrializados –en especial, Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos y, más tarde, Alemania e Italia. Obviamente, la promoción de las políticas sociales no era algo políticamente neutral, aunque no estuviera necesariamente atada a los programas de un partido político o movimiento determinado. A medida que avanzó el siglo, los desacuerdos en torno de las políticas causaron incomodidad entre los miembros de esas asociaciones. Algunos de quienes estaban vinculados al sistema universitario argumentaban que era más apropiado que

los científicos sociales desempeñaran un rol eminentemente intelectual y, por lo tanto, reclamaron más investigación “neutral desde el punto de vista valorativo”. Esas primeras asociaciones de ciencias sociales fueron desapareciendo, o bien cambiaron de nombre, y fueron reemplazadas por asociaciones más “profesionales”, muchas de las cuales siguen existiendo hoy en día.

Sin embargo, el problema de la relación entre las ciencias sociales y las políticas sociales no por ello desapareció. En mayor o menor medida, pasó a ser un tema subterráneo. Algunos de quienes estaban comprometidos en promover la articulación entre las dos actividades comenzaron a hablar de dedicarse a las ciencias sociales “aplicadas”, por oposición a meramente teorizar sobre las relaciones sociales o simplemente emprender investigaciones empíricas. Otros, consciente o inconscientemente, introdujeron supuestos valorativos en las premisas analíticas de su trabajo, excluyendo así ciertos resultados de las políticas e implícitamente apoyando otros. *Se podría pensar en la relación entre las ciencias sociales y las políticas sociales como en una especie de matrimonio tempestuoso, en el que las reglas de convivencia nunca fueron completamente establecidas o acordadas por ambas partes.*

Hubo dos notables contribuciones teóricas a la elucidación de dicha relación – las de Max Weber y Antonio Gramsci – dos posturas que aun hoy en día siguen siendo objeto de discusión. Por lo general, se cita a Weber como el abanderado de la ciencia social neutral desde el punto de vista valorativo, en la cual el académico separa rigurosamente su rol de investigador de su rol de ciudadano; y a Gramsci, como el defensor del intelectual orgánico, comprometido con los objetivos de determinado movimiento social y dedicado a trabajar a su servicio. Aunque estas a menudo se presentan como dos posiciones bien diferenciadas, en realidad el problema es bastante más complejo. Por otra parte, ambos pensadores escribieron en un período de colonialismo y rivalidad entre grandes estados, próximo a la Primera Guerra Mundial y, por ende, enfrentaron temas análogos a los nuestros acerca del rol de las ciencias sociales y de la política social.

Weber postuló sus ideas por primera vez a comienzos del siglo XIX en Alemania, donde percibía que muchos de los principales historiadores, así como otros científicos sociales, estaban comprometidos con una posición nacionalista

de derecha que respaldaba las políticas imperiales del gobierno. Treitschke¹ suele ser considerado el representante por excelencia de esa postura. Weber sintió que tales intelectuales estaban sofocando las posibilidades de un pensamiento más independiente dentro de la academia. Es en ese contexto que abogó por una ciencia social “neutral desde el punto de vista valorativo”, es decir, liberada de la obligación de respaldar los objetivos del Estado.

Weber buscó ubicar su argumento en una distinción entre dos formas de racionalidad, a las que él llamó formal y material. Para Weber, la razón formal implicaba analizar los medios óptimos para alcanzar un fin determinado, mientras que la razón material trataba la cuestión de si un fin puede ser considerado racional en términos de un determinado sistema de creencias. Hacer énfasis en los propios valores o sistemas de creencias podía orientar o limitar al investigador de tal forma que se correría el riesgo de entrar en conflicto con la razón formal. Esta simplificación de las ideas de Weber ha sido presentada a menudo como un argumento a favor de la primacía exclusiva de la racionalidad formal en el trabajo científico.

En realidad, Weber tenía una postura mucho más compleja. Él era, de hecho, una figura protagónica en las discusiones sobre política social en Alemania, y era activo en el *Verein für Sozial-politik*.² Los editores de sus obras completas en alemán resumen su visión de la relación entre ciencia social y política social de una forma bastante diferente a esa visión simplista, señalando que para Max Weber la función de la política social era lograr “una política racional de intereses”, y resolver el problema de la distribución creando actores colectivos “que se defendieran por sí mismos”. Para Weber, las cuestiones intelectuales, morales y políticas estaban estrechamente ligadas, y esto era legítimo siempre y cuando el fin fuese una política social basada en la libertad, orientada por “el ciudadano libre que... vive una vida auto-determinada y auto-conciente” (*Baier et al.*, 1998: 15, 17). Desde el punto de vista político, ello refleja la postura del liberalismo centrista, lejos de los “extremos” políticos y, de hecho, “comprometido”, pero comprometido sólo con valores consensuados.

Para Weber, la recolección de datos y su análisis debían ser practicados sin la interferencia de puntos de vista particularistas o unilaterales. Pero el

1. Heinrich von Treitschke (1834-1896) fue historiador y político, y miembro del Reichstag, primero por el Partido Liberal-Nacional y más adelante en forma independiente. Fue un defensor de la idea de un estado alemán poderoso.
2. Puede ser traducido como Asociación para la Política Social. (N. de la T.)

autor reconoce, en el mismo texto, que hay una etapa del trabajo científico en la cual los valores del investigador desempeñan un papel fundamental: el momento en que elige el problema a investigar (Weber, 1948: 72, 22). Aunque el académico debía ser neutral desde el punto de vista valorativo, también debía regirse por valores relevantes. Sin embargo, Weber reflexiona sobriamente acerca de su propia postura cuando discute la “ciencia como vocación”, recordándonos la postura de Tolstoi cuando afirma que “la ciencia carece de sentido porque no da respuesta a nuestra interrogante, la única interrogante que nos importa: Qué debemos hacer y cómo debemos vivir”. Weber afirma que esto es “irrefutable” (Weber, 1949: 18).

Weber estaba luchando contra el control intelectual de la universidad alemana por parte de las fuerzas nacionalistas de derecha, y encontró que la neutralidad valorativa era su arma. Gramsci estaba peleando contra el control de la vida intelectual italiana a manos de los liberales centrista, que precisamente adoptaban la neutralidad valorativa. Su arma era el concepto de “intelectual orgánico”. En *El Príncipe Moderno* (1957, 118) afirmaba: “Cada clase social, por el hecho de constituirse en el terreno de una función esencial del mundo de la producción económica, crea consigo, orgánicamente, uno o más grupos de intelectuales que le proporcionan homogeneidad y una conciencia de su propia función, no sólo en el campo económico, sino también en el social y político”. Gramsci opone estos “intelectuales orgánicos” a los “tradicionales”, quienes “tienen una conciencia de su propia continuidad histórica, sus capacidades, y poseen un *esprit de corps*,³ de forma tal que se ven a sí mismos como autónomos e independientes del grupo social dominante” (1957, 120).

Desde sus diferentes contextos nacionales, Weber y Gramsci pusieron de relieve los dilemas básicos de las ciencias sociales del siglo XX. Sin embargo, en el siglo XXI, ¿debemos seguir eligiendo entre la herencia weberiana de neutralidad valorativa y el intelectual orgánico de Gramsci?; ¿deberíamos intentar combinarlos?; ¿o deberíamos buscar la forma de trascender estos conceptos?

En este trabajo delineamos un programa en dos etapas: primero, la presentación de lo que consideramos los cuatro elementos esenciales de las ciencias sociales en el siglo XXI; segundo, un panorama general de las oportunidades globales que estarían, entonces, disponibles para imaginar la futura relación entre las ciencias sociales y las políticas sociales.

3. En francés en el original. Quiere decir una dedicación colectiva al grupo.

2. Cuatro elementos esenciales de las ciencias sociales en el siglo XXI

2.1

La unidad de análisis: espacio amplio y larga duración

En el siglo XIX los científicos sociales, explícita o implícitamente, erigieron al Estado como la unidad básica de análisis. Los economistas hablaron de la economía nacional, los politólogos del estado-nación, los sociólogos, de la sociedad nacional, y los historiadores escribieron la historia de los estados desde sus supuestos orígenes hasta el presente. Los estadísticos recogieron datos principalmente dentro del marco de los estados. (De hecho, la propia palabra “estadística” deriva de la palabra “estado”.) Reflejando el sesgo reduccionista de la ciencia del siglo XIX, los científicos sociales concibieron las unidades mayores como la sumatoria de unidades más pequeñas. Así, cuando abordaron el mundo moderno, más amplio, los científicos sociales tendieron a verlo como una estructura inter-nacional que debía ser analizada por medio de la descripción de la historia de las relaciones entre los estados, o bien recurriendo a la agregación de estadísticas nacionales.

Este sesgo ha continuado dominando el mundo de las ciencias sociales hasta el presente. En la generalizada discusión sobre “globalización” iniciada a fines de los años 80, la premisa más común ha sido que estamos ante un fenómeno radicalmente nuevo, que pone en cuestión por primera

vez la primacía del Estado como unidad de la acción social y, por ende, como unidad de análisis. Hay pocos o ningún intento de analizar en profundidad histórica los procesos que se describen bajo el titular de globalización. *La consecuencia más importante del descubrimiento intelectual de la "globalización" bien puede ser la de facilitar una comprensión renovada de los parámetros reales y el alcance temporal de nuestras múltiples formas sociales de participación e inserción en el mundo en que hemos vivido.*

Los ámbitos en los que hemos vivido durante los últimos cuatro o cinco siglos no han sido los de los estados soberanos. Los estados han sido simplemente una estructura institucional que constriñe y determina nuestras alternativas individuales y colectivas. Ni nuestras necesidades económicas ni nuestras actividades, opiniones políticas, justificaciones culturales o estilos discursivos se han limitado al marco de los estados. En realidad, éstos han estado circunscritos por nuestra existencia dentro de un sistema-mundo más amplio, y hemos perseguido nuestros objetivos no sólo en estados sino en múltiples instituciones que, o bien son menores a ellos, o bien cruzan transversalmente sus fronteras (fronteras que, por otra parte, han cambiado constantemente).

En las cuestiones de política social, la toma de decisiones a nivel estatal juega un papel muy importante, pero también hay muchos otros escenarios en los que diferentes grupos buscan imponer sus intereses. De hecho, la habilidad para enfrentar a los estados con otras estructuras institucionales es una de las principales herramientas que los grupos sociales tienen a su disposición. Nuestras lealtades han sido siempre múltiples, y las prioridades que establecemos están en función de aquello que es más conveniente para nosotros en un momento dado. Las realidades transfronterizas, tan discutidas hoy en día, han sido una constante del sistema-mundo moderno a lo largo de toda su existencia.

Uno de los supuestos ideológicos del mundo moderno ha sido el fenómeno del cambio constante, concebido por mucho tiempo como algo positivo. Lo hemos llamado progreso. Que el mundo moderno ha estado cambiando constantemente, o evolucionando, es indudablemente cierto. Pero no podemos apreciar qué es realmente "nuevo" sin una comprensión cabal de las continuidades estructurales, para poder distinguir aquello que no es "nuevo" sino que simplemente se presenta bajo una máscara distinta. Esta es la razón por la cual es tan problemático analizar la realidad

social actual sin un análisis de la larga duración. Sólo así seremos capaces de distinguir lo constante de lo cambiante, y sólo entonces podremos apreciar el momento clave en que aquello que ha venido siendo constante (estructural) está experimentando una transformación.

2.2

Hipérbole versus realidad en ciencias sociales:⁴ conceptos sólidos desde el punto de vista teórico y mediciones conceptualmente correctas

Si “globalización” es la palabra clave más influyente en el léxico actual de términos para describir el cambio macro-social, y si los debates sobre globalización han dejado su impronta en el pensamiento contemporáneo en materia de ciencias sociales, entonces ¿por qué es que se empezó a emplear el término globalización hace tan poco tiempo? Esta interrogante plantea un problema mucho más amplio: la necesidad, en ciencias sociales, de distinguir entre conceptos sobredimensionados y realidad.

La sobrevaloración de la globalización se originó en una contingencia histórica específica que creó una oportunidad política para reestructurar la economía-mundo. El modelo de los Tres Mundos que estructuró el pensamiento de la Guerra Fría se desintegró a comienzos de los noventa con la caída del “Segundo Mundo”, dejando al hasta entonces “Tercer Mundo” sin un “aliado” para enfrentar al ahora aparentemente superpoderoso “Primer Mundo”. Ésta fue la oportunidad política para un neoliberalismo global que combinó la retórica de la “retirada del Estado” de los 80 (la política económica reaganiana,⁵ el thatcherismo) con la tesis del “alcance global” de las corporaciones multinacionales de los 70, para crear el ideal de globalización como un

4. Vale la pena destacar la riqueza semántica del vocablo “hype” que formaba parte del subtítulo original. En primer lugar, se vincula con el recurso retórico de la hipérbole (hyperbole), a través del cual las afirmaciones son exageradas para reforzar una impresión, no esperándose que sean tomadas literalmente. En el argot afro-estadounidense, “hype” denota “decepción”, en particular en torno a la propaganda política. Aplicado a la propaganda en general, designa la fuerte promoción de una persona, idea o producto, “inflando” sus cualidades de tal manera que se elevan las expectativas del público en forma desproporcionada. (N. de la T.)
5. En el original se utiliza el juego de palabras “Reaganomics” para aludir a la política económica y a las estrategias discursivas llevadas adelante por el Presidente Reagan y otras personas que comparten su perspectiva. (N. de la T.)

mundo sin fronteras en que los estados estaban condenados a quedar fuera de los asuntos económicos. La práctica de esta nueva política ha tomado principalmente dos formas: en países donde los recursos políticos para la resistencia son débiles, ha habido programas de ajuste “estructural” forzado; en aquellos en que los recursos políticos para la resistencia fueron más fuertes, ha habido una transformación de los partidos social-demócratas en algo así como neo-liberales moderados una vez que llegan al gobierno. La retórica política de la globalización ha hecho posible que se sugiera una amenaza económica como si fuera un hecho de ciencia social: “no hay alternativa” si un país quiere evitar (o más bien profundizar) su decadencia económica.

Para que la propaganda sea creíble, debe incluir elementos de la realidad. En el caso de la globalización, la amplia aceptación del término derivó de una revolución tecnológica: la combinación de las tecnologías de la comunicación y la informática, que ha hecho posible el contacto instantáneo a través del mundo. Esta “eliminación de la distancia” ha tenido un enorme impacto, primero en los mercados financieros, y luego, a nivel más general, en la construcción de la red mundial Internet, que en última instancia favorece la difundida percepción de vivir en “un mismo mundo”. Esta misma tecnología posibilitadora ha sido utilizada por las corporaciones en sus actividades a escala mundial, actividades que son consideradas una amenaza para el futuro de las naciones. Este es el contexto cambiante, o en evolución –el puente entre propaganda y realidad– dentro del cual gran parte de las ciencias sociales han incorporado el término “globalización” como palabra clave. Según el uso que hagan de este concepto tan polémico, los cientistas sociales han sido clasificados en tres grandes grupos: los “hiperglobalistas”, que aceptan la idea de que vivimos en una nueva era global “post-estado”; los escépticos, que argumentan que el internacionalismo acentuado del presente no difiere significativamente del de períodos similares en el pasado (tales como, por ejemplo, el período inmediatamente anterior a la Primera Guerra Mundial); y un grupo intermedio, a veces llamado el de los “transformacionistas”, que sí piensan que el presente es un período diferente, pero no llegan a eliminar el Estado de la matriz social (ver *Held et al*, 1999).

Se debe hacer notar que dicha clasificación es unidimensional, centrada en la discusión “estatal” versus “global”. En otras palabras, los cientistas sociales por lo general han sido reactivos más que proactivos en este

terreno. Se han amoldado al mito de la globalización, en lugar de definir su propia – y más compleja – agenda científica. Ser proactivo al comprender el cambio social nunca es fácil. El punto de partida es identificar la unidad básica del cambio, que es el sistema-mundo moderno. Pero este sistema, por su propia naturaleza, es altamente dinámico: la realidad es que el cambio social en sus múltiples manifestaciones está en continuo movimiento. Así, dentro del sistema, instituciones tales como los estados-nación, las grandes corporaciones y los partidos políticos serán muy diferentes en determinado momento con respecto a cómo eran, por ejemplo, treinta años antes.

La clave en cualquier estudio del cambio social consiste, por lo tanto, en distinguir el cambio normal dentro del sistema, a través del cual las instituciones se adaptan a las siempre cambiantes circunstancias, del cambio extraordinario/estructural que debilita al sistema a un grado tal que modifica su propia naturaleza. La globalización contemporánea ¿constituye un período de cambio extraordinario/estructural? Si es así, ¿cuáles son las principales características que hacen que dicho cambio sea tan radical?

El requisito fundamental para definir conceptos sólidos desde el punto de vista teórico es centrarse en los procesos más que en los resultados. Por ejemplo, el modelo de los Tres Mundos que precedió a la idea de la globalización constituyó siempre una conceptualización insatisfactoria, ya que conllevaba una imagen sesgada y sincrónica del mundo, construida por observadores del Primer Mundo dando nombre a “otros mundos” distintos del propio: un Segundo Mundo comunista y un Tercer Mundo “subdesarrollado”. Aún menos satisfactoria era la clasificación Norte-Sur. Más allá de la dudosa geografía que la subyace (¡Nueva Zelanda en el “Norte” y Mongolia en el “Sur”!) dicha conceptualización vaga e insustancial fue simplemente el resultado de una observación espacial que no aportaba base significativa alguna para comprender el cambio macrosocial.

Los conceptos alternativos de “países desarrollados” y “países en desarrollo” constituyen, en el mejor de los casos, paliativos parciales, que representan meros sinónimos de países ricos y países pobres. Éstos son en realidad el producto de procesos sistémicos mundiales de formación de centros y periferias. Dado que ambos procesos generan resultados que en los hechos se concentran geográficamente, es posible identificar zonas centrales y periféricas en todo el mundo. Aunque éstas corresponden superficialmente a las categorizaciones Norte/desarrollado y Sur/subdesa-

rollado, la concepción de centro y periferia es esencialmente distinta, en tanto define procesos relacionales (no puede haber centro sin periferia, y viceversa), de forma tal que su resultado, la desigualdad material a escala global, puede ser explicado teóricamente. En otras palabras, se trata de conceptos sólidos desde el punto de vista teórico que proveen una base significativa para comprender el cambio macrosocial.

Los conceptos teóricamente sólidos constituyen una condición necesaria pero no suficiente para una ciencia social rigurosa. Tales conceptos deben ser objeto de evaluación empírica en forma permanente. El conocimiento en ciencias sociales está respaldado por una presunción de prueba. Desafortunadamente, no es nada sencillo realizar mediciones conceptualmente satisfactorias de los procesos macrosociales. Ello se debe fundamentalmente a que no se pueden medir en forma directa los procesos, los mecanismos del cambio social. Lo que se puede medir son los hechos y los resultados en un momento dado. Tales mediciones sincrónicas pueden ser combinadas de forma tal que muestren trayectorias de cambio, pero es poco probable que se pueda realizar una medición cuantitativa del cambio macrosocial en su cabal profundidad. Dicho de otro modo, medimos fenómenos emergentes de la dinámica social, pero no nos es posible observar los procesos más profundos que los subyacen.

Una razón secundaria, pero también importante, de las dificultades para generar mediciones conceptualmente satisfactorias en ciencias sociales es que el Estado es el principal proveedor de estadísticas. La información necesaria para estudiar el cambio macrosocial es generalmente muy voluminosa, e invariablemente, los investigadores no tendrán los recursos necesarios para generarla. Los estados modernos producen cantidades ingentes de datos, pero nuestro acceso a ellos es un arma de doble filo. Las estadísticas nacionales son producidas para satisfacer necesidades estatales relacionadas con fines administrativos y políticos. Es muy poco probable que dichos propósitos coincidan con el imperativo de las ciencias sociales de realizar mediciones empíricamente satisfactorias vinculadas a conceptos teóricamente sólidos.

El contraste entre los datos que proporcionan los organismos estatales y los que necesitan los científicos sociales puede ser ilustrado claramente en términos de tipos de datos. Dicho en forma simple: la gran mayoría de las estadísticas oficiales se basan en datos de atributos, mientras que la gran mayoría de los datos que requieren las ciencias sociales son de tipo

relacional. Esto sucede porque buena parte de las necesidades de los estados se puede satisfacer por medio del conteo, respondiendo a las preguntas “¿cuánto?” y “¿dónde?” Tanto la organización de los insumos para el aparato estatal (impuestos) como de los resultados (distribución) generalmente se basan en mediciones de atributos. En cambio, lo esencial para el conocimiento en ciencias sociales son las relaciones sociales. Ello requiere datos que respondan a las preguntas “¿qué tan grande es la diferencia entre esto y aquello?” y “¿por qué?” Es obvio que las estadísticas oficiales proporcionan algunos datos relacionales, por ejemplo sobre migración y comercio. Pero aun cuando se dispone de tales datos, los mismos no siempre se presentan en un formato apropiado para la investigación en ciencias sociales.

La principal fuente de estadísticas oficiales que los científicos sociales han venido utilizando en el último siglo han sido los censos nacionales, que son la instancia clásica de conteo generadora de datos de atributos para determinadas áreas. Pero en tanto el conteo censal elimina al contexto social –la red de relaciones sociales– da lugar a una ciencia muy poco social. Por ejemplo, los modelos demográficos generalmente son de naturaleza “híbrida”. Un buen ejemplo contemporáneo del uso del conteo simple para definir un concepto social es el de “mega-ciudad”. Actualmente definidas por los organismos de las Naciones Unidas como ciudades con más de diez millones de habitantes, la arbitrariedad de este umbral se hace evidente considerando que en realidad éste ha ido cambiando con el tiempo, a medida que las ciudades del mundo se han vuelto cada vez más grandes. Los procesos que crearon grandes urbes como Nueva York y Tokio son bien diferentes de aquellos que convirtieron a la Ciudad de México y Mumbai en enormes metrópolis. Datos fácilmente accesibles pueden dar lugar a conceptos y mediciones fútiles: hacer una nómina de las mega-ciudades del mundo no requiere un gran esfuerzo de investigación.

Lo que las ciencias sociales necesitan es la creación de nuevas bases de datos diseñadas de tal manera que a partir de ellas se puedan realizar mediciones empíricamente satisfactorias, que correspondan a conceptos sólidos desde el punto de vista teórico. El punto de partida clave es definir detalladamente un proceso, y luego identificar los productos o resultados visibles que nos ayudarán a comprenderlo. Un proceso requiere un actor, y por lo tanto, el siguiente paso es la identificación de los agentes, indi-

Hecho y valor: un par imbricado

viduales o colectivos (instituciones), cuyas acciones dan lugar al proceso. Por ejemplo, las “ciudades-mundo” son a veces asimiladas a las megaciudades, pero dicha confusión puede evitarse si se definen aquellas, desde el punto de vista funcional, como los nodos de una red mundial de ciudades. De esta forma, el proceso identificado es la formación de redes mundiales de ciudades. ¿Quiénes son sus principales agentes? Son las compañías de servicios financieros y estudios profesionales que se han establecido en diferentes ciudades de todo el mundo para atender a sus clientes corporativos y gubernamentales. A partir de ello, podemos definir formalmente la red mundial de ciudades como una red de interconexión en tres niveles: el nivel nodal, constituido por las ciudades donde se maneja la red, el nivel de la red en la economía-mundo, que es su resultado, y un nivel infra-red, el de las empresas y estudios profesionales, los agentes que interconectan las ciudades para conformar la red.

Dada esta especificación, la recolección de datos puede centrarse en los agentes (las empresas y estudios), y generar tanto datos cuantitativos como cualitativos. En el caso de los primeros, la modelización de redes permite realizar mediciones indirectas de flujos entre ciudades, de forma tal de calibrar las relaciones entre los diferentes puntos de la red. Ello brinda respuestas a preguntas tales como qué díadas de ciudades son más importantes en determinado sector de la economía-mundo. En el caso de los datos cualitativos (entrevistas a los profesionales que lideran las compañías) podemos modelizar la prominencia y capacidad de reconstitución de los procesos de formación de las redes mundiales de ciudades. El punto clave es que toda esta medición y conceptualización deriva de una teorización en ciencias sociales que no recurre a estadísticas nacionales.

Una de las características fundamentales del mundo moderno ha sido la progresiva separación del mundo de los hechos con respecto al de los valores: lo “verdadero” es considerado independiente de aquello que es “bueno”. Dicho supuesto básico de las estructuras del saber del mundo moderno se ha visto reflejado en la separación de las ciencias y las humanidades como disciplinas intelectuales, y como facultades en la universidad.

Articulada con los procesos económicos y políticos, en los últimos cinco o más siglos esta separación se ha convertido en el acuerdo “disciplinar” dominante, es decir, el que delimita y legitima al saber humano – y, con ello, los parámetros culturales de acción. Es más, la búsqueda de “objetividad” se deriva directamente de dicho divorcio entre hechos y valores, y se da en forma paralela al proceso de racionalización, o el progresivo predominio de la razón formal sobre la material.

El dilema resultante, tanto para los analistas sociales como para los planificadores de políticas, ha sido claro durante dos siglos. Toda forma política de interpretar el cambio social en el mundo humano, en tanto demarcado del mundo natural, apelaba a diferentes orientaciones valorativas a menudo mutuamente excluyentes. *En un momento dado, a partir de mediados del siglo XIX, el enfoque adoptado por las ciencias naturales –objetivo, neutral desde el punto de vista valorativo, centrado en la resolución de problemas– fue transmitido a las ciencias sociales. Éstas a su vez serían utilizadas como respaldo de las políticas sociales que buscaban producir un cambio ordenado en nombre del “progreso”, a través del control científico ejercido por “expertos” y basado en los llamados hechos “duros”, en la cuantificación y en el uso de las categorías de tiempo cronológico y espacio indiferenciado como parámetros implícitos de un análisis social valorativamente neutro.*

El momento de mayor éxito intelectual e institucional de esa estructura fue el período inmediato a 1945. Pero en cuanto las ciencias sociales se institucionalizaron, tanto la legitimidad académica de las premisas subyacentes a la separación entre disciplinas, como la utilidad misma de dichas distinciones comenzaron a resultar menos y menos obvias. Después de 1968, fueron cuestionadas abiertamente. A partir de la década del 60, algunos trabajos en diversas áreas de las ciencias sociales y las humanidades, denominados genéricamente “estudios culturales”, sugirieron la posibilidad de desarrollar una ciencia humana no reduccionista y no positivista, que desafiara tanto las antinomias hecho/valor y sujeto/objeto, como cualquier categoría esencialista. Durante ese mismo período surgieron los estudios de complejidad en ciencias naturales. Con su énfasis en la contingencia, la dependencia del contexto y el problema de la “flecha del tiempo” estos estudios se opusieron a la “objetividad” como forma de externalismo, y de esta forma encaminaron a las ciencias naturales en la dirección de una ciencia con historicidad, preocupada por los complejos espacio-temporales compuestos por las estructuras relacionales de

la interacción humana y por el tiempo fenomenológico de su construcción y desarrollo. Estos dos nuevos movimientos en el saber sugieren que los procesos de largo plazo que estructuraron el saber en “dos culturas” epistemológicamente contrapuestas habían llegado a un punto de estancamiento.

Hoy en día, la preocupación central, suprema, del análisis social y de las políticas debe ser el reconocimiento de que no sólo las estructuras del saber están en crisis, sino que la totalidad de las estructuras de largo plazo del mundo moderno se encuentran en una fase de transición. De esta forma, las interrogantes que surgen son, por un lado, qué clase de mundo, dentro de qué espectro de posibilidades, querríamos crear para el futuro y, por otra parte, qué podemos hacer para que dicho mundo se materialice de la mejor forma posible. Desde esta perspectiva, la separación hecho/valor dificulta nuestra comprensión en lugar de favorecerla. *En lugar de construir los valores humanos simplemente como un problema de ética individual o moralidad en la creación de conocimientos confiables acerca del mundo social, es más útil concebirlos como parte integral de una ciencia social histórica cuya misión fundamental en nuestro tiempo –un período de transformación sistémica– debería ser imaginar y evaluar futuros posibles y formas de lograrlos.* Tal ciencia social histórica lo sería en el sentido de tomar en consideración las diferencias que el pasado ha generado, así como también el hecho de que el cambio es socialmente producido. Y sería científica en tanto mantiene un compromiso con la producción de conocimiento confiable sobre las regularidades de largo plazo.

Actores del cambio social: el constreñimiento de las estructuras y las posibilidades de acción

Al tiempo que este estilo de análisis nos compromete a comprender las estructuras de largo plazo, así como las tendencias del sistema histórico en el que vivimos, también nos permite apreciar la singularidad del presente y la necesidad de actuar “en” el momento y “para” el futuro. Aún no sabemos qué forma tomará el cambio. Un resultado posible es un mundo materialmente más racional. Sin embargo, dado que ésta es una crisis estructural, el cambio no depende, para iniciarse, de que actuemos de acuerdo

a nuestras normas. No obstante, según esta misma lógica, la dirección de este cambio, tal como lo muestran los estudios de complejidad, dependerá de las pequeñas fluctuaciones resultantes de nuestras múltiples decisiones y acciones teñidas de valores. La transformación sistémica no es inmediata ni abrupta, pero, en el lenguaje de las ciencias de la complejidad, toma la forma de una bifurcación que acontece en un período de transición caracterizado por fluctuaciones caóticas. Por definición, tal período es de gran desorden. Sin embargo, por esa misma razón, el futuro en el mediano plazo también presenta grandes posibilidades, dado que los sistemas inestables ofrecen pocas limitaciones – son menos capaces de amortiguar las fluctuaciones, la definición de estabilidad. Así, oscilaciones muy pequeñas o acciones humanas aisladas, ahora pasibles de una amplificación masiva, pueden y van a determinar qué dirección tomarán las transformaciones. Por ende, las prácticas creativas involucradas en la construcción de un nuevo mundo pueden encontrar gran eco, y los efectos potenciales incluso de pequeños actos aislados se multiplicarán.

La determinación y el azar ya no pueden ser vistos como opciones mutuamente excluyentes, ni en la vida ni en la investigación social. Los métodos que definen un modelo (muchas veces implícitamente) y luego se esfuerzan en predecir el impacto de las intervenciones diseñadas para movilizar unidades supuestamente autónomas hacia un hipotético estado ideal, han demostrado ser deficientes y limitados en cuanto a su utilidad. En lenguaje llano, simplemente no funcionan, y el mundo contemporáneo está repleto de ejemplos de ello. Sin embargo, muchos siguen considerando que éste es el paradigma de las ciencias sociales. Aun así, las regularidades de gran escala persisten a través del tiempo. La “descripción densa”, particularista, o las descripciones interpretativas basadas en la comprensión (*Verstehen*) de contextos locales, o que recurren a las explicaciones de la “creatividad humana” y la “libre voluntad” tampoco logran comprender cabalmente la interrelación entre la estructura y lo que es emergente.

Es cada vez más claro que el analista social necesita ser conciente de que es un participante más de la “realidad” que estudia. El primer paso es darse cuenta de que el imperativo moderno de producir conocimiento (objetivo) acerca del “quién, qué, cuándo, dónde, por qué” desde un “punto de vista neutral” está dando cada vez menos resultados, tanto a nivel teórico como práctico, y que debemos re-direccionar nuestra atención a la producción de

un conocimiento que considere los interrogantes (situados) de “para quién, para qué, para cuándo, para dónde” y “desde el punto de vista de quién” como partes inseparables del proyecto analítico, y no meramente como un problema del analista en tanto individuo.

Esto es particularmente cierto para el analista de políticas, ya sea que trabaje para organismos del gobierno o intergubernamentales, ONGs o movimientos sociales. Dado que la definición de los “problemas” representa una delimitación arbitraria (o tal vez no tan arbitraria) que los aísla de la compleja inter-relación de procesos sociales de los cuales son resultado, la idea de que uno puede simplemente intervenir para resolverlos debe ser reemplazada por el reconocimiento de que la “acción” definitiva de los especialistas o de aquellos en posiciones de poder necesita ser reemplazada por una “práctica” de negociación constante, iterativa, y por una insistente y persistente redefinición tanto de los códigos analíticos como de los conceptos que limitan la capacidad de imaginar futuros posibles. Tal práctica debería ser la práctica colectiva de un sujeto social emergente más que la de uno o más individuos supuestamente autónomos. Éste sería un sujeto social sintonizado con valores y diferencias más que con la objetividad, la estabilidad y la causalidad lineal. Serían científicos sociales que empleen una estrategia analítica que evite la reificación y sea consciente de las limitaciones del reduccionismo y el dualismo. *Tanto los mercados de ideas tan caros a John Stuart Mill como la combinación de libertad y razón concebida por C. Wright Mills como persuasión se traducen hoy en día con demasiada frecuencia en una versión del pluralismo ciego a las relaciones de poder y privilegio. Dichos términos ya no parecen expresar adecuadamente el imperativo ético del científico social, el de participar activamente en la construcción de un nuevo mundo.*

3. Imaginando el futuro: las oportunidades mundiales

3.1

¿Quién establece las prioridades en políticas sociales?

Las decisiones políticas en materia de políticas sociales rara vez se basan directamente en la investigación en ciencias sociales. Por el contrario, suelen adoptarse cediendo a las presiones de diferentes actores sociales – empresarios, sindicatos, autoridades religiosas, grupos de interés, medios de comunicación. Claro está que, en ciertas ocasiones, algunos científicos sociales prominentes influyen o aconsejan a algún líder político en particular. Pero aun así, lo que se invoca no son las conclusiones específicas de su investigación, sino más bien sus orientaciones generales. Y, por supuesto, ocasionalmente hay científicos sociales que ingresan ellos mismos en la arena política (a veces, aun repudiando su trabajo anterior). Por otra parte, se puede afirmar que las ciencias sociales han desempeñado un papel relevante en el establecimiento de una base –difusa– de temas y supuestos dominantes, sobre los cuales se desarrolla la política social. Un aspecto de gran importancia que influye en quienes diseñan las políticas es su formación previa, la cual les permite metabolizar conocimientos de las ciencias sociales e incorporarlos como supuestos que no son examinados ulteriormente. Otra forma de influencia resulta de la forma en que los medios de

comunicación adoptan y difunden dichos temas y supuestos, ignorando o ampliando sensiblemente la influencia de ciertos argumentos de las ciencias sociales. Y una tercera radica en que, en un mundo en rápido cambio, los líderes políticos con frecuencia sienten la necesidad de proclamar ideas nuevas, y arriesgan alguna eligiendo prestamente entre algún concepto de moda o aquellos sobrevaluados sobre los cuales ya advertimos.

¿Hay alguna forma de que los científicos sociales tengan un impacto más significativo en el diseño de políticas sociales, ya sea las de los gobiernos o los movimientos sociales? Y, ¿quién establecería las prioridades? La investigación en ciencias sociales no es costosa, comparada con la investigación en las ciencias físicas, biológicas y médicas. Esto las protege, en parte, de un control fuerte por parte del poder. Aun así, se requieren algunos recursos, y alguien tiene que proveerlos – los gobiernos, organismos intergubernamentales, fundaciones, universidades, ONGs, movimientos sociales. Y cada uno de los potenciales entes financiadores/patrocinadores considerará la utilidad de la investigación en términos de sus propios objetivos, los cuales no necesariamente coincidirán con los del científico social.

Es aquí donde llegamos al estilizado debate Weber-Gramsci – el científico social como un experto desapasionado versus el científico social como analista comprometido. Hoy podemos ver que la participación de los científicos sociales en el diseño de políticas requiere una reflexión constante sobre su propia postura y una cierta comprensión de largo plazo acerca del origen y el impacto de los análisis que se ofrecen. Por ende, nunca se pueden evitar las opciones morales por parte del académico, y menos aún en un período de importante transformación social. El problema para el/la científico social no es meramente qué opciones morales hacer, sino cómo mantener, en el proceso, la integridad del análisis intelectual en el que se sustentan dichas opciones.

3.2

Las posibilidades del diseño y ejecución de políticas

Las opciones y los dilemas mencionados se han vuelto más y más evidentes con el advenimiento de políticas sociales "globales" tan vigorosas como controvertidas. Se trata de un marcado abandono del énfasis del siglo pasado en el desarrollo nacional, las ciencias sociales nacionales, y las políticas sociales nacionales. Desde los actores sociales que introducen sus preocu-

paciones en materia de políticas sociales en nuestra agenda, hasta las instituciones educativas encargadas de brindar formación en el campo de las ciencias sociales y las políticas sociales, el diseño de políticas estará progresivamente centrado, explícitamente, en procesos sociales globales e inequidades en la transición a un nuevo sistema-mundo. Esto constituye una ruptura importante con respecto al pasado y nos libera para encarar las grandes oportunidades futuras.

En forma continua desde los años 70, hemos asistido a la contracción del estado vigoroso, demócrata liberal. Los estados centrales del Norte se han desvinculado firmemente de, o al menos reducido, sus promesas liberales y su ingeniería social, en tanto que en toda la América Latina, África y Asia, se ha dado un abandono forzoso de la planificación para el desarrollo. La decadencia de los otrora poderosos movimientos sindicales y movimientos socialistas y nacionalistas de mediados del siglo XX facilitó la transición a una era neoliberal.

Aquellas multitudinarias manifestaciones a nivel mundial que en 1968 perturbaron la complacencia liberal –a pesar de su éxito en abordar las desigualdades históricas de raza y género y los problemas medioambientales– no lograron, empero, frenar esta tendencia. En verdad, su ataque hacia los estados y movimientos corruptos frecuentemente contribuyó a una generalizada pérdida de legitimidad para los planificadores de políticas sociales, dentro y fuera de los estados. Ello afectó también las estructuras del saber en las cuales se habían sustentado hasta entonces las políticas sociales. La agresiva promoción de políticas de ajuste estructural, particularmente la privatización de la educación y los programas de salud estatales, debilitó las ciencias sociales liberales y el diseño de políticas en áreas medulares, desmembrándolo violentamente en todas las demás.

Académicos y gobernantes son concientes de esta situación, ya que la progresiva desigualdad en los ingresos a nivel mundial ha sido igualada, si no largamente superada, por la polarización en los recursos para la educación terciaria y en la capacidad de diseñar políticas. De hecho, las desigualdades en los recursos disponibles para los científicos sociales, tanto miradas por raza, por género y, particularmente, por zona del sistema-mundo, seguramente son mayores ahora que en 1968. Un indicador no menor de este proceso ha sido la creciente dependencia de –y muchas veces la migración de intelectuales hacia– los grandes centros de diseño de políticas y sus universidades.

Sería fácil plantear un panorama funesto a partir de estas observaciones. Aun así, creemos que precisamente porque los constreñimientos estructurales impuestos por la estabilidad previa al orden de posguerra (incluida la estabilidad de las ciencias sociales y de las instituciones encargadas del diseño de políticas) están siendo seriamente comprometidos, es que surgen oportunidades extraordinarias. Los problemas mundiales exigen políticas sociales mundiales, y hemos entrado en una era en que esto no es sólo un reclamo evidente sino un proyecto previsible y viable. Es evidente, dada la generalizada ilegitimidad de las severas políticas neoliberales instrumentadas tras las revueltas de 1968, los cimbronazos económicos de los años 70, y la cada vez más caótica economía-mundo del siglo XXI. Es previsible y viable, dada la igualmente generalizada búsqueda de nuevas políticas “globales”, tanto por parte de los actores mundiales más poderosos como de los movimientos sociales de todo el mundo.

De hecho, la naturaleza de los actores contemporáneos y la de los objetos de las políticas indican un cambio radical con respecto a los patrones típicos del siglo XX. Por una parte, el reconocimiento de la base mundial de las desigualdades sociales y de la inestabilidad ha estimulado en número y en poder a las instituciones supranacionales que se ocupan directamente de las políticas sociales. El lenguaje del ajuste estructural, por ejemplo, ha dado paso al lenguaje del “alivio” de la pobreza, la sustentabilidad y la diversidad. Ello es evidente no sólo en las áreas de servicios sociales tales como la salud, la educación y el medio ambiente, sino que se manifiesta también en el campo, más poderoso, de la política económica y en las discusiones sobre los temas e instituciones de comercio (OMC, varias áreas regionales de libre comercio) y finanzas (FMI, Banco Mundial, bancos regionales, y el PNUD). Aun más notable ha sido la explosión de ONGs internacionales, articuladas en redes, que existen tanto dentro de los límites de los estados nacionales como por encima de ellos, y están profundamente involucradas en el diseño de políticas sociales y en la producción de conocimientos. A diferencia de los estados nacionales y las organizaciones internacionales del período inmediato a la posguerra, que coordinaban políticas nacionales, dichos actores apuntan a problemas mundiales y operan transnacionalmente.

Esto no es menos cierto para los actores y movimientos “desde abajo”, donde ha habido una clara transición desde ser movimientos limitados por

el estado a ser movimientos orientados hacia el mundo. Signos tempranos de esta tendencia tuvieron lugar cuando los principales grupos vinculados a los sucesos de 1968 lucharon por coordinar actividades a escala mundial y también para manejar las tensiones entre los diferentes movimientos. Ello se pone de manifiesto en las agendas y eventos relacionados con las conferencias mundiales sobre la condición de la mujer en Nairobi (1985) y Beijing (1995), en sucesivos encuentros sobre el tema del medio ambiente, y en la Conferencia Mundial sobre Racismo de Durban (2001). Más notables aún son los nuevos modelos de movimientos activados en la corriente alter-globalización, desde el levantamiento zapatista de Chiapas en 1994 o las protestas de Seattle contra la OMC en 1999, hasta los encuentros del Foro Social Mundial iniciados en el 2001. Incluso los movimientos indigenistas o por el derecho a la tierra se están organizando inexorablemente en escala transnacional, mundial.

Dichas formas de cooperación son testimonio del continuo impulso de superar el dilema planteado por los movimientos del pasado: cómo buscar la emancipación sin asociar libertad e igualdad con la toma del poder estatal. También ponen de relieve otros dos formidables avances con respecto a 1968: el reconocimiento (1) de que las desigualdades raciales, de género, étnicas y de clase están estructuradas y reforzadas por la división global del trabajo, la que exige a su vez una controvertida cooperación a través de las divisiones centro y periferia, y (2) que los reclamos de libertad e igualdad implican abordar tanto los procesos mundiales como los nacionales.

Éstas no son ideas abstractas sino que están integradas en disputas bien concretas acerca del mundo por venir. Mientras los estados y actores más poderosos buscan mercantilizar hasta los últimos alcances de lo humano (incluidos hoy en día el cuerpo, el agua, la tierra, los recursos naturales y los productos intelectuales), los movimientos alter-globalización han buscado no sólo proteger esos bienes de ser privatizados sino ir más allá y luchar por la desmercantilización. Esto es evidente en todo el espectro de movimientos, desde aquellos por la tierra, indigenistas y ambientalistas, hasta las luchas por los derechos de propiedad intelectual, los derechos humanos y de migración.

Tal como todos estos ejemplos sugieren, la lucha entre los actores mundiales recientemente poderosos y los movimientos locales y nacionales orien-

tados hacia el mundo está transformando los problemas y objetos de las políticas sociales. No se trata sólo de que la política social sea ahora debatida más abiertamente, dada la decadencia del Estado liberal y los esfuerzos para imponer políticas neoliberales. Se trata también de que, como lo indican estas luchas, las ciencias sociales rigurosas que necesitamos deben abordar íntegramente las raíces mundiales de los problemas sociales a medida que nos movemos, en medio de una gran incertidumbre, hacia un nuevo sistema-mundo post-liberal.

4. Bibliografía

- Allen, Kieran (2004). *Max Weber: A Critical Introduction*. London-New York: Pluto Press.
- Baier, Horst *et al.*, hrsg. (1998). *Max Weber B Gesamtausgabe*. Vol. 8: *Wirtschaft, Staat und Sozialpolitik. Schriften und Reden 1900 B 1912. Einleitung*. Tübingen: J.C.B. Mohr.
- Gramsci, Antonio (1957), "The Formation of Intellectuals", in *The Modern Prince, and Other Writings*, New York, International Publishers.
- Held, David *et al.* (1999). *Global Transformations*. Cambridge, UK: Polity Press.
- Weber, Max (1948). *The Methodology of the Social Sciences*. New York: Free Press.
- Weber, Max (1949). "Science as a Vocation", in *From Max Weber: Essays in Sociology*, New York: Free Press.

Documentos de Políticas sociales

1. *En la búsqueda de nuevas estrategias de desarrollo, Claves de Cumbre sobre desarrollo social*, Ignacy Sachs, 1995.
2. *From Social Exclusion to Social Cohesion: Towards a Policy Agenda*, Sophie Bessis, 1995. (disponible sólo en inglés)
3. *Cybernetics of Global Change: Human Dimensions and Managing of Complexity*, M. Mesarovic, D. McGinnis y D. West, 1996. (disponible sólo en inglés)
4. *Multiculturalism: New Policy Response to Diversity*, Christine Inglis, 1996. (Disponible sólo en inglés)
5. *Démocratie et citoyenneté dans la ville du XXI^e siècle*, Céline Sachs-Jeantet, 1997. (Disponible sólo en francés)
6. *Sustainability: A Cross-Disciplinary Concept for Social Transformations*, Egon Becker, Thomas Jahn, Immanuel Stiess and Peter Wehling, 1997. (Disponible sólo en inglés)
7. *Nouvelles configurations villes-campagnes*, Ricardo Abramovay and Ignacy Sachs, 1999. (Disponible sólo en francés)
8. *Fight Urban Poverty: A General Framework for Action*, Denis Merklen, 2001. (Disponible sólo en inglés)
9. *Domestic Democracy and International Democracy: Deficits*, David Steele, 2002. (Disponible sólo en inglés)
10. *Migración de la mano de obra rural en China: desafíos para las políticas*, Zhan Shaohua, 2005.
11. *La intercomunalidad: CODENOBA, un logro argentino*, Nicole Maurice y Clara Braun, 2005.
12. *Políticas contra la pobreza y ciudadanía social: el caso de "Chile Solidario"*, Julieta Palma y Raúl Urzúa, 2005.



13. *Drogas Ilegales y Derechos Humanos de Campesinos y Comunidades Indígenas: El caso de Perú*, Carolina Navarrete-Frías y Francisco E. Thoumi, 2005.
14. *Drogas Ilegales y Derechos Humanos de Campesinos y Comunidades Indígenas: El caso de Bolivia*, Carolina Navarrete-Frías y Francisco E. Thoumi, 2005.
15. *Drogas Ilegales y Derechos Humanos de Campesinos y Comunidades Indígenas: El caso de Colombia*, Carolina Navarrete-Frías y Francisco E. Thoumi, 2005.

Edición Especial. *Public Participation in Socially Sustainable Urban Development*, György Enyedi, 2004. (Disponible sólo en inglés)

Edición Especial. *Ciencias sociales y políticas sociales: De los dilemas nacionales a las oportunidades mundiales*, Richard E. Lee, William J. Martin, Heinz R. Sonntag, Peter J. Taylor, Immanuel Wallerstein y Michel Wieviorka, 2005.

Los documentos están disponibles en formato electrónico en el sitio Web de MOST: www.unesco.org/shs/most

Gestión de las transformaciones sociales (MOST)

La prioridad son las políticas

Al mismo tiempo que promueve una investigación política de carácter internacional y comparativo sobre las transformaciones sociales contemporáneas, MOST hace de la interfase entre la investigación en ciencias sociales y la elaboración de políticas, su principal razón de ser. El programa está enfocado en la viabilidad de transformaciones sociales, de ahí la necesidad de poner en práctica los planes normativos, analíticos, estratégicos y políticos. Los esfuerzos deben concentrarse en una investigación que pueda ser aplicada por los decisores políticos así como por los grupos comprometidos en acciones de defensoría y de sensibilización.

La prioridad de MOST consiste en establecer y relacionar las redes internacionales de acción pública y de investigadores de reconocido prestigio, facilitando el uso político de la investigación en ciencias sociales. Esto implica un acercamiento entre el mundo de la investigación fundamental y los responsables políticos en el seno de los gobiernos, las instituciones, las ONG, la sociedad civil, el sector privado e incluso la UNESCO.

En particular, el programa MOST evalúa el impacto de la investigación sobre la política, dirige estudios de caso sobre dicho tema, transmite el saber técnico y práctico a las iniciativas de desarrollo y permite intercambiar informaciones sobre la elaboración de políticas fundadas en la investigación.

Instrumentos al servicio de los decisores políticos

Los diversos Documentos políticos sobre las transformaciones sociales, basados en las conclusiones de análisis políticos provenientes de los trabajos de MOST y de otras secciones del Sector de las Ciencias Sociales y Humanas (SHS) se dirigen a los responsables políticos, a los grupos de defensa de intereses, al sector de los negocios y de las comunicaciones.

SHS busca nuevos medios de difusión de la información que sean pertinentes para los grupos de interés tales como los ministros de desarrollo social, los mediadores, los grupos de defensoría de intereses y las autoridades locales. En ese sentido el sitio Web de MOST ha sido concebido para ofrecer una mejor gestión del conocimiento así como facilitar la dinámica de meta-redes en el ámbito de la estrategia y de la toma de decisiones. Este “banco de conocimientos” utilizará novedosos medios para facilitar el acceso a los innumerables y complejos datos de dichas investigaciones.